

Esmeraldo

VERSIÓN ELECTRÓNICA

Núm. 5, por *Manolo Martínez*.
Primavera del 2005.

Cuál es la palabra

ENTREGA QUINTA.....pág.2

ENTREGA SEXTA.....pág.9

Tirsi y Cloris.....pág.16

Cuál es la palabra.

ENTREGA QUINTA

Han entrado comentándolo en voz baja: Esta señora pasa de todo, Ya ves tú qué van a robar, Pues esta colección de cordoncillos lujo qué me dices etc. Han dado unos pocos pasos sigilosos mientras tocaban los expositores. Se han plantado en el centro de la mercería señalando con el dedo las cajas llenas de bobinas de hilo; las pegatinas descoloridas sobre la caja registradora; una mujer recortada en cartoncillo, doblada hacia atrás por la cintura; la libreta en el mostrador; la caligrafía de rabillos alargados; llamándose mutuamente la atención con las cejas arqueadas sobre una cosa u otra, haciendo los gestos del que contiene la risa –Celia encoge los hombros, Gerardo tuerce la boca; cada uno según-. Más tranquilos y definitivamente aquí no hay nadie, pasaban el dedo, “la prueba del algodón”, por encima del mostrador donde más polvo había. Se han probado un jersey de dibujo floreado, dos madejas de lana en las sienes a la manera de la princesa Leia, una aguja de tricotar en la boca del estómago, *harakiri*.

La diversión ha durado lo que duran estas cosas: enseguida estaban catalogados todos los objetos risibles o pintorescos de la mercería, al menos según el criterio de urgencia, el más obvio. Han dedicado un buen rato al diseño anticuado de las pegatinas; al cartel escrito a mano en español con una ortografía de catalanohablante que han celebrado mucho; a otro adyacente que ensayaba una traducción al inglés ese ya es que te morías de risa. Pero no hay que culparles. Se trataba de disfrutar de una diversión en consenso, una prueba inmediata de que se gustan y de que sus respectivos sentidos del humor son el mismo o complementarios o guardan la relación correcta en cualquier caso. Por eso echaban mano del criterio por defecto para decidir qué era divertido y qué pintoresco; para no cometer errores. Hubiera sido inadmisibles, por ejemplo, que Gerardo señalase una pegatina azulada y Celia no le encontrase el punto, o que por viceversa no supiera qué responderle Gerardo a Celia y quedaran en silencio. Como ese riesgo no existía si sólo se distinguían las cosas que aprueba el bendito criterio por defecto, es lo que han hecho. Con ese criterio nadie se equivoca. Todo el mundo sabe a qué atenerse. Sin ser el criterio de nadie es el de todo el mundo.

Hubiera sido inadmisibles. Ya al entrar por la puerta han renunciado a establecerse cada uno por su lado con respecto a qué se hace en una mercería cuando no hay nadie. Eso es porque habían discutido a medias en el supermercado –apenas nada, pero de haber tenido que quedarse un rato más en ese punto de la conversación, sin mercerías desiertas a que acogerse, quizá sí se habrían enfadado de veras-, y no estaban para experimentos. Resultaba mucho más rentable ir a lo seguro: la tienda de pueblo, las tácticas de venta ingenuas o pasadas de moda, los artículos

inútiles, ininteligibles: todo lo que se entiende bien y a la primera, sin que haya que dejar espacios entre frase y frase.

En otra ocasión, tras otro tipo de visita al supermercado, el criterio de urgencia hubiera podido organizar, con los mismos materiales y en la misma mercería, el siempre bienvenido reencuentro nostálgico con la visita lluviosa de la mano de mamá. A ver, enséñeme esa madeja de ahí, porque te voy a hacer un jersey cariño, ya verás, con botoncitos a los lados como éstos, ves, ah no, qué tacto tienen, aunque parece que calentar sí calentará verdad, enséñeme aquélla de allí, Celia con la mirada perdida, valorando lo perdido y Gerardo mirándola, adivinando, y ella adivinando que él adivina, y él... al infinito, en principio;

o una brutal ruptura metafísica provocada por el objeto cuyo uso se ignora —es Gerardo, con un cacharro polvoriento en la mano— y que ya no refiere, Celia, es que no refiere, está, cómo te diría, aislado de su red referencial o, *o sea*, para qué servirá esto, en serio, la noche que avanza y ellos dos allí aislados, las miradas perdidas; habría estado tan bien.

Tocaba reírse en cambio, y es en lo que estaban.

Incluso así, contando con el archiprobado repertorio del criterio por defecto, las bromas que se pueden hacer en una mercería se acaban demasiado rápido. Cuando, por fin, se han quedado en silencio un instante y Celia empezaba a jugar con la libreta de los pedidos, empujándola levemente con la uña afectando estar distraída, y parecía que todo iba a resultar un poco embarazoso de repente, y la solución más inmediata era irse a casa cargando las bolsas del supermercado; al quedarse vacío, allí en medio, el instante siguiente, Gerardo ha vuelto a preguntarle a Celia a qué se refería con lo que estaba diciendo antes. Le ha dicho:

- Entonces, ¿a qué dices que te referías con lo de que todo está mal hecho?

Se lo ha preguntado por preguntar, por que la tarde acabara bien y que se pudiese alargar aún un rato esta anécdota que se explicará tan fácilmente: “Celia y yo solos en una mercería mientras la mercera hace la compra en el súper de al lado”; una historieta que Gerardo estaba ya por identificar como página del diario de vivencias irrepetibles que se espera de ellos y su vida de veraneantes en invierno, como el primero de tantos momentos especiales que habrá, la primera justificación de por qué se han ido a vivir allí.

Se lo ha dicho sin pensar, esto es, pensando en mantener el tono cómplice de los últimos minutos justo cuando parecía que se les empezaba a pasar el efecto, y por serle fiel a la imagen que espontáneamente se ha hecho Gerardo de ellos dos en ese local sombrío hablando de sus cosas, flotando sobre sus cabezas el peligro de que vuelva la señora. Dos, cómo decirlo, jóvenes de conversación fluida, que se meten en tiendas vacías porque las tiendas se vacían a su paso para que pueda disfrutarse de situaciones inhabituales, dos jóvenes guapos casi se diría, interesantes eso seguro que se acabaría diciendo, sensible y penetrante ella, de inteligencia viril (práctica, *no-nonsense*, ¿se entiende?, hay que entenderlo en su contexto) él. Pensando en serle fiel a todo eso, no pensando en absoluto, ha tirado apresuradamente de uno de los lugares comunes de urgencia, por defecto: repetir, tras un punto muerto de la conversación, alguna pregunta que se hubiese formulado ya varias veces antes y que ahora parece no venir a cuento para, de esa forma, aparentar jocosamente que es un ensimismado, y que le obsesiona lo que fuera que se pregunta, a la manera de los

despistados ingeniosos del cine; los cómicamente, amablemente neuróticos. Poniendo, en fin, otra vez en acción la manera de entender el humor propia de ese criterio que se despliega espontáneamente cuando no se contempla la posibilidad de disentir.

Hay que volver a disculpar a Gerardo: el espacio que ocupa el sentido del humor está atravesado en todas direcciones por esos gradientes, cuestas abajo irresistibles que van a parar a sitios como las pegatinas de la máquina registradora o la pregunta que le acaba de hacer a Celia. Damos rodeos, tenemos arrepentimientos parciales que nos hacen mantener la conversación cuesta arriba durante algunas réplicas, compensamos los malentendidos con nuevas concesiones, capitulamos consciente o inconscientemente y, una vez llegados abajo del todo, y a la vez que nos arrepentimos, señalamos la pegatina y formulamos la pregunta.

Igual que alguien se planta en medio del despacho al llegar por la mañana a trabajar, con el paraguas chorreando y los bajos del pantalón empapados y, mientras retumban los vidrios con la lluvia y los truenos, dice: “Está lloviendo” para, más que hacer una broma refiriéndose a lo evidente de la lluvia anunciada, simplemente apuntar a la broma ya hecha otras veces por tantos otros. O igual que alguien responde “sí” a la pregunta “¿tú también?” cuando es que “no”, y ese “sí” lleva a asentir a otras cosas; lleva a traicionarse de forma inofensiva; lleva a perder, finalmente, los papeles. O igual que todo el mundo ha reído cobardemente alguna vez al oír un chiste sin gracia por no estropear una situación agradable, igual incluso que todo el mundo ha hecho un chiste sin gracia a sabiendas de que no la tenía, porque contaba con que la persona que lo oyera tampoco lo encontraría gracioso pero aun así reíría cobardemente, y precipitara una pseudoexperiencia de chiste donde todo el mundo finge pero que, de todas formas, funciona para pasar el rato o mostrar sintonía mutua, incluso intimidación. Igual que todo eso, está Gerardo ahora repitiendo aquella pregunta, contando con que Celia reconocerá su intención y le seguirá el juego. Embalado cuesta abajo, decidido a rematar de la forma más redonda posible esta primera tarde irrepitable que el pueblo de verano les ha dado a Celia y a él, se lo está preguntando. Qué vergüenza les daría toda esta charla de tardes irrepitibles y conversación fluida, si se dieran cuenta. Es sin pensar, ya se ha dicho. Se han quedado atrapados en ese mínimo local del sentido del humor sin darse cuenta. Ya lo pensarán, lo pondrán en palabras luego, quizá, cuando se queden en silencio; en la cama o en el baño.

Así, Gerardo le pregunta a Celia qué estaba diciendo.

Celia le ha mirado. No lo recuerda, se lo ha confesado antes, en el súper. Pero da igual, no ha dudado un segundo: con la misma intención de alargar este momento lo más posible, de seguirle el juego a Gerardo, ha empezado a hacer como que sí, que claro que recuerda, claro que se refería a algo. ¿A qué, entonces?

Ha dicho “me refería a” y luego tres o cuatro frases vagamente relacionadas con lo que dijo a sus amigos antes, en aquella especie de bar o de cafetería, Me refería a esto, esto y esto. Tres o cuatro hipótesis acerca de lo que quizá pudo haber dicho; cosas que se le han puesto a Celia en la punta de la lengua, sin más.

Gerardo agradece el impulso que Celia le ha dado a la charla (cuando podría haber respondido otra vez “no lo sé, Gerardo, de verdad que no me acuerdo”) y se aplica a su vez a contestar a Celia con dudas sobre la



viabilidad de las hipótesis, objeciones adelantadas nerviosamente que mantengan a Celia en marcha. Quizá esas tres o cuatro frases (son más ahora) se estén organizando al darse contra las objeciones que les presenta Gerardo, pero al mismo ritmo que ganan consistencia interna se alejan de cualquier cosa que Celia opine realmente. No se trata de más que de una selección natural de las ideas; algo que no tiene en cuenta lo que Celia opina de sus opiniones sino sólo lo que resulta más rentable, lo que explica más cosas con menos. Esas tres o cuatro hipótesis son, pues, una opinión de nadie. Sin embargo, Celia se las está tomando casi en serio: de la misma forma que a veces decidimos que hay que hablar sin usar la letra “e”, igual tiene ahora Celia que responder a las preguntas de Gerardo a toda velocidad, como si ya estuviera todo pensado de antemano, sin dejarle acabar sino interrumpiéndole: “ya sé lo que me vas a decir, y te equivocas”. Lo mismo que se nota de repente la obligación de pisar solamente baldosas blancas en un embaldosado en damero, Celia piensa ahora “es un juego, una diversión, está cayendo la tarde”, pero esta opinión de nadie se está arrogando una importancia explosiva, frágil, una urgencia de araño en la mejilla que la tiene nerviosa, entre la espada y la pared mientras responde a Gerardo rápido, más rápido, sin dejar resquicios:

Opina que Oriol tiene razón en que hay que quejarse de lo mal hecho que está todo; y sí, eso quiere decir que opina que todo está hecho de una manera concreta, que está diseñado mal o bien, que la noción de “diseño” tiene una aplicación clarísima, que es una herramienta cognoscitiva imprescindible. ¿Ante quién se queja Oriol? Ante nadie, la queja puede ser intransitiva sin que esto tenga que escandalizarnos, puede ser mostración: cuando nos damos contra el pico de una estantería también nos quejamos aunque estemos solos en casa; también nos quejamos a veces en voz baja, justamente para que no se nos oiga y no entristecer a nadie. ¿Qué por qué no quejarse ante el diseñador responsable de que lo que sea esté mal hecho? Pues porque no hay tal diseñador, Gerardo, algo puede estar mal hecho solamente según el uso que le asignamos nosotros, puede haber una especie de finalidad a posteriori, flotante, que es una perspectiva sobre el asunto y no una categoría ontológica. Esas cosas dice ahora Celia que opina.

No se sabe qué va a pasar. Quizá la importancia un poco exagerada de esta opinión de nadie dé en desactivarse de repente. Podrá ser al hacerse el silencio entre una frase y la siguiente, si Celia responde entonces “sí, no sé” y se queda mirando al frente, sentada sobre el mostrador con el blister del cepillo de dientes a pilas aprisionado entre el vientre y un muslo. O quizá puede superarse un cierto punto sin retorno –Gerardo se pregunta cuál será– y contagiarse toda la semana de este discutir por algo que no importa, verse todo lo que han hecho Gerardo y Celia últimamente a la luz fluorescente de esta discusión, convertirse en un problema de lo más tonto, unas caras largas que podrían haberse ahorrado y quién sabe ahora cómo se las sacarían de encima. En ese equilibrio ridículo se siente Gerardo, pisando baldosas blancas sobre un embaldosado en damero sin saber si dejar de presentar objeciones o qué.

En cualquier caso, la conversación aguanta todavía, en broma, por hablar, en brazos del sentido del humor por defecto y el criterio por defecto y la interesante vida de veraneantes en invierno que llevan Celia y Gerardo. Celia va a seguir opinando lo que sea, caiga quien caiga. Si tiene que

parecer que opina alguna monstruosidad lo va a parecer, es en broma, es por hablar, da lo mismo. Gerardo la mira, sentado en el suelo, haciendo girar un muestrario de medias. No deja de requerirla, Pero entonces, Ah, ahora va a resultar que eres. No va a dejar que medie un silencio entre frase y frase, no sea que Celia quede en silencio, no sea que tomen forma las rebabas de esta conversación, unos retales que Gerardo siente que conversan por su cuenta, al margen de esta conversación oficial sobre Oriol que se queja ante el diseñador de las cosas mal hechas y Celia árbitra de la hechura de las cosas, Celia que toma las cosas en la mano y les evalúa la hechura implacablemente, Celia que salvaría a todas las cosas de su mala hechura, resanándoles los bordes, cortando por lo sano según el patrón teleológico a posteriori que se acaba de sacar de la manga. “¿Te estás riendo, Gerardo?”.

Gerardo no se ríe, no sea que la opinión de nadie se plante de pronto ahí, entre el mostrador y el muestrario de medias, que venga a aglutinarse con las rebabas de la conversación oficial en una opinión robusta, consolidada de repente, que cuadre implacablemente con estos tres meses largos que llevan viviendo juntos allí, en ese sitio perfectamente cualquiera, que eligieron, tan cursis, apático, triste, embaldosado del desamparo invernal de los lugares pensados para el verano. Gerardo se escuece de lo obvio que resulta: “estemos en invierno en un sitio pensado para el verano”. Los polos: invierno y verano; Celia y él embobados por la simetría, cayendo en la trampa de la frase que se balancea en sus hemistiquios. Gerardo intenta recordar por qué se fueron allí, si no es por la simetría de la frase, mientras sigue preguntándole a Celia por lo que dijo y Celia le mira con los ojos brillantes, columpiándose sobre el mostrador.

Las razones eran: no pensar, mudarse a un pueblo de costa para ponerse en peligro de aburrirse mortalmente y sin embargo pasarlo muy bien, bastarse el uno al otro. ¿Qué quiere decir eso? Pero, ¿cómo va a ser la simetría de la frase que describe la decisión motivo para tomarla? Eso no pasa nunca: bastarse el uno al otro, ponerse en peligro, eso sí. No hay que apresurarse; Celia está hablando tan sólo de Oriol y de lo que se dijo distraídamente hace un rato. Tampoco eso, piensa Gerardo, ni siquiera pasarlo muy bien bastarse el uno al otro: nos hemos metido en un tren (y todo lo demás, el apartamento por internet, los padres levemente contrariados, las madres) porque a saber, por casualidad, por lo de empujarse en dirección contraria, tener el criterio contrario, una forma especular del criterio de decisión que se nos supondría. No es dejarse llevar, es lo contrario de dejarse llevar: es lo mismo, por tanto, lleva la misma información, en negativo. Por eso hemos venido, por lo mismo de siempre, lo mismo que todos, inesperadamente. Ahora, piensa Gerardo, llegados a este punto, ¿qué hay que hacer? ¿Recoger e irse? Qué pereza, qué vergüenza, “qué estás diciendo, Celia, estás hablando por hablar”.

Y el caso es que Gerardo sí querría saber qué podría haber estado pensando Celia, qué pensamiento dio como resultado lo de “hay que quejarse de lo mal hecho que está todo”. Aunque ahora lo vea todo negro –se va haciendo tarde, la entrevista de trabajo que ha tenido, el cansancio pues-, es también por eso que sigue preguntando. Por no resignarse a entregar a la nada eso que estuviera pensando Celia. En broma, por supuesto, por hablar, pero imaginando que quizá podría acorralar a preguntas esto que estuviera pensando Celia, desenmascararlo desde la

consecuencia inevitable o desde las inevitables causas de lo que sí dijo Celia, desde el rendimiento lógico de lo que sí dijo. Piensa que es un cretino, que tendría que haber parado a Celia al principio, cuando dijo “hay que quejarse de lo mal hecho que está todo” en aquella especie de bar o de cafetería, y haberla requerido entonces una y otra vez hasta saber qué estaba pensando. Entonces Celia lo tendría aún fresco y hubiera sido más fácil encontrar formulaciones concretas: “estoy pensando esto, me refiero a esto”, un poco más fácil que ahora. Y, una vez dicho esto y aquello como un ensalmo que les dejara tranquilos, un encantamiento negativo que deja las cosas como están, Gerardo lo hubiera creído, hubiera poseído perfectamente lo que pensaba Celia igual que lo poseía ella desde dentro del cráneo, hubieran sido perfectamente claros la una con el otro y al contrario, la comunicación habría sido perfecta a través del cristal perfectamente transparente de las tres o cuatro frases que hubieran agotado lo que pensaba Celia en ese momento. Eso lo habría aceptado Gerardo inmediatamente, sin pensarlo un segundo. Celia está nerviosa y se impacienta, empachada de conversación, va a venir la señora de un momento a otro. ¿Qué toca ahora? Es que parece que tenga que tocar una cosa u otra: viñetas. Qué pereza moverme por viñetas: esperando el tren, echando el azúcar en el café en el vagón-cafetería, yo sentada en el mostrador con esto que se me clava, he robado un cepillo, eso merece otra viñeta: yo hago lo que quiero, ¿no? Respondo a Gerardo lo que quiero, eso siempre y robo cepillos a pilas porque porque.

- No sé, no me acuerdo, de verdad. Vámonos a casa, Gerardo.

FIN DE LA ENTREGA QUINTA

Cuál es la palabra.

ENTREGA SEXTA

- ¡Esta fiesta no se acaba: se disuelve!

va diciendo el Grillo escaleras arriba y abajo. La fiesta ocupa el tercero segunda y la azotea, en medio está el cuarto piso, son las nueve de la noche, la fiesta o bien acaba de empezar o bien aún no ha empezado. A eso se refiere el Grillo: sus compañeros de piso están dejando los platos encima de una mesa, y las botellas y los vasos encima de otra mesa, o bien los están empezando a tomar en la mano para servirse una cubata. La música que suena es la última de preparar la fiesta o, indistinguiblemente, la primera de la fiesta en sí. En la azotea aún no hay nadie, pero la fiesta empezará o ha empezado en el tercero segunda, así que eso no es obstáculo tampoco.

No sabemos por qué ha elegido el Grillo nombrar el final de la fiesta para hablar de su principio. Quizá no ha hallado un eslogan pegadizo con el antónimo de “acabar” y el antónimo de “disolver”; o bien se le hacía poético (o profundo, o “inspirado”) nombrar el principio por el final. En todo caso el Grillo cree que andar gritando consignas relativas a la fiesta da ambiente, y que casa bien con su imagen expansiva e histriónica (extrovertida y “diferente”). Qué opinan sus compañeros de piso –los que están preparándolo todo mientras El Grillo se pasea– tampoco lo sabemos. Cuando entra en el tercero segunda el Grillo tiene que aullar verdaderamente para que se le oiga tanto como estima conveniente por encima de la música que suena y del entrechocar de platos y vasos. Eso (gritar) le hace reír, y ríe dando palmadas en la espalda a sus compañeros de piso, “¡Esta fiesta...!”. Espera a que ellos completen la frase, “¡Esta fiesta...!” y sale del piso.

En la azotea no es necesario gritar tan fuerte pero, ah, es ahí donde realmente el Grillo se siente un artista: “¡Esta fiesta no se acaba: se disuelve!”, la frase dicha a los tejados, el deshollinador de Mary Poppins aunque aquí no haya chimeneas, a los alambres de tender la ropa que zumban y se balancean baratísimos, anudados desde *el principio de todo* a un palo y que, sin embargo, llevan consigo hacia el futuro el acto de ser anudados, el movimiento de unas manos que se renueva en ellos a cada momento (*ay, qué cosas tengo*). Gritándose a las azoteas de la ciudad vieja, la consigna pasando de tejado a tejado hasta las grandes calles que sirven de límite con la ciudad medio-vieja (la famosa, la de los comercios en régimen de franquicia y la señalética institucional), el Grillo piensa en detalle una frase sobre las azoteas de la ciudad vieja: “*otro espacio urbano superpuesto*”, etc. Por último, por supuesto, diciéndole “¡Esta fiesta no se acaba: se disuelve!” también a las ventanas iluminadas de las

fincas vecinas donde ahora están cenando pero pronto, en tres o cuatro horas, estarán llamando por teléfono a la guardia urbana a quejarse por la fiesta. *Así ha sido siempre. No es culpa mía, la juventud... Pero Esta fiesta no se acaba:*

Ahora suena el portero automático. Llega gente. Ya empieza, ¿no?, los compañeros de piso del Grillo (el Coco, Matías y Leandro) se miran entre sí: la primera fiesta, los primeros en llegar. Primero, primero, todo va estupendamente.

Matías abre la puerta, son Hornillos y su novia. Vale, estos dos se cancelan entre sí. Matías tiene ciertas esperanzas en esta fiesta y se alegra de ver a su compañero de trabajo, pero no jodamos. Lo que él quiere es que lleguen amigas y amigas de amigas, cuantas más mejor, chicas bonitas, bajitas, las que ve cada día por la ciudad justo ahora que se acaba el mes (mientras piensa en ellas en abstracto -bonita, bajita, ojitos, boquita- también hace una estadística a bulto de cuántas chicas son necesarias para tener posibilidades, y a la vez se pierde en fantasías románticas sobre rincones de la azotea y una chica cualquiera que llegue. La azotea. Eso dura unos instantes).

- Qué pasa, Matías –dice Hornillos.

- Hostia, César, qué guapo te has puesto –contesta Matías, abriendo los brazos en señal de impotencia (?).

- Es que, claro... Te presento a Eva: Eva, Matías.

- Hola –dice Eva, acercándole la mejilla a Matías.

- Eh, hola –dice Matías, dándole a Eva la mejilla contraria.

- Qué guay, Matías –dice Hornillos afectando una mirada alrededor.

La conversación sigue por ahí mientras se acercan a la mesa de las bebidas. Eva lleva un bonito jersey (las palabras “jersey” y “bonito” parpadean inconclusamente dentro del cráneo de Matías, si tal cosa es posible), de pelusa, a capas superpuestas de lana tejida. No hace calor, aún no hay nadie en la sala de estar vaciada de muebles (pero siguen ahí los muebles, arrinconados, contra la pared; de todas formas son sólo un sofá y unas sillas, la mesa sobre la que hay ahora seis botellas de alcohol y otras tantas de mezcla, la mesita con unos sandwiches, el mueble que siempre hay, con la tele, los bibelotes que la propietaria olvida en los pisos que arrienda y que dentro de poquísimo Matías recordará dolorosamente). No hace calor, pero Matías piensa en dentro de un rato, cuando se empiece a llenar la sala (ahora vuelve a sonar el portero automático; Leandro pulsa el botón de apertura sin preguntar quién es). Entonces hará calor y a Eva le sobrarán el jersey; *no, no, nada de quitar; los coloretos, quiero decir; le subirá el calor a la cara, yo qué sé*. Le da un sorbo al cubata y continúa hablando con Hornillos y su novia, más cerca del balcón. Han llegado dos amigos de Coco. Leandro les hace pasar con un ademán mientras vuelve apresuradamente a la cocina (está preparando una quiche lorraine; de todas formas se quedará casi entera en la bandeja y mañana por la mañana Leandro odiará la puta quiche mientras la tira a la basura: la quiche será la resaca, el rato perdido, la mañana de limpiar y la tertulia matinal en televisión, odiosas).

Los dos amigos de Coco saludan a Matías y sus invitados. Se conocen de alguna otra vez. Ya van con el puntito, así que lo primero que hacen es

acercarse a la mesa y ponerse un whisky con cocacola cada uno. Inician una de esas conversaciones simuladas, para no estar incómodos y no incomodar a Matías y sus amigos, apenas a unos pasos. Renuncio a transcribirla, pero diré que tiene por objeto seguir con el tema que les ocupaba mientras caminaban desde el metro hasta la fiesta. Diré también que ellos son a penas conscientes de su voluntad de no incomodar a Matías y que, por tanto, no tienen un acceso inmediato al motivo por el que la conversación no avanza al mismo paso que en la calle, ahora que están sólo un par de sorbos más borrachos. El motivo es que, al tener que mantener siempre una frase en el aire para que se les vea ocupados, acaban prestando más atención a lo variado de la prosodia y a no moverse de un diapason viril y festivo al pronunciar que al contenido de lo que pronuncian, o la misma atención, o apenas menos. Ellos, sin embargo, creen que es la propia cadencia de la fiesta la que les hace ir más lentos y la que desvía su atención hacia los acontecimientos por venir de la noche. No es así, y qué más da.

En este momento Matías charla con Eva y su novio cerca del balcón. Los dos amigos de Coco se apoyan contra la pared, junto a la puerta que da a la habitación de Matías. Coco ha pasado al baño un momento, a orinar y acabar de arreglarse. Leandro sigue en la cocina, sacando finalmente la quiche del horno. El Grillo se ha aburrido y está bajando las escaleras. Ocho personas en total. Si hubiéramos asistido a los preparativos de la fiesta (si hubiéramos llegado a las ocho de la tarde por ejemplo, cuando Oriol se ponía la cazadora en la habitación de Carlos en la residencia Rímíni, o Helena se dormía un instante en una sala de espera de su hospital, o Gerardo y Celia empezaban a quedarse sin ideas dentro de la mercería) nos habríamos ido acostumbrando a esto, habríamos asistido al crepúsculo desde la luz de la tarde inofensiva, al recorrido de los muebles por el suelo del salón, la compra de última hora en el supermercado, los cubatas que se van trasegando mientras se prepara todo y que hacen todo más fácil de entender: la fiesta, todos cada uno en su sitio, los que van llegando, la inconsistencia apenas perceptible de bajar a la gasolinera a por hielo, la gente que habla sin que les oigamos porque ahora la música empieza a estar más alta, el humo que es la misma manera de ser borrosa de las cosas en el salón ahora mismo ya, la visita fugaz de Matías a su habitación a dejar no sé qué y, entonces sí, la diferencia a las claras entre la fiesta y la habitación, la cama incomprensible, lejana (pero Matías no está para tonterías; ya se ha fijado en una chica, una amiga *en segundo grado* de Coco, ahora mismo ya sabe que no va a pasar nada, que la chica no tiene ganas de nada con él, pero todavía no lo ha intentado en serio así que quién sabe –él sabe, claro está, pero eso...-; hay que volver rápidamente a la fiesta, boca, boquita, nariz). Pero no hemos asistido a los preparativos de la fiesta y ahora lo vemos todo desde fuera, treinta y cinco personas entre el salón y la azotea, Matías tocando el brazo de la amiga *en segundo grado* de Coco, cogiéndole el brazo, intentando acariciarlo con el pulgar, casualmente, como si ese movimiento del pulgar pudiera ser casual. La amiga retira el brazo también como la que no quiere la cosa, y Matías en ese momento piensa que todo esto no va a ninguna parte, que ella tiene la cara como torcida, notando que lo piensa porque le ha retirado el brazo pero pensándolo igual. Matías prefiere dar otro sorbo al cubata y levantar la vista hacia Eva, la novia de Hornillos, que no sólo es

la novia de Hornillos, sino que además forma parte de un estrato de la fiesta que ha quedado atrás. Eva ahora está hablando con una chica francesa a dos pasos de Matías y (es inevitable reseñarlo) también a una distancia inabarcable:

Nos conocimos en Lyon; yo soy de allí, dice la francesa mientras Eva y otra francesa que está al lado asienten. ¿Emilio? de Erasmus. Fue a hacer tercero allí. De esto hara... cuatro años, ay cómo pasa el tiempo, etc. Nosotras íbamos siempre a un bar que se llama Pines d'Or que es un sitio muy bonito, diferente, que puedes encontrar gentes de todas clases, gays, de todas clases. Los domingos hay un espectáculo (*bueno, no todos los domingos*, tercia la otra francesa) sí, bueno, y luego la gente se queda bailando, ves muchas pintas divertidas pero también chicos normales, de todo un poco, vamos. Pues uno de esos domingos estábamos Claire y yo bailando (Claire, la otra francesa, vuelve a asentir) y me entró un chico que a mí me dio un poco igual, la verdad, pero le seguí la corriente un rato, estaríamos ya un poco borrachas (aquí se ríe, y Claire se ríe también mientras se aleja de su amiga y de Eva hacia la mesa de las bebidas), y nada, bailando y tal yo ya veía que no quería nada con ese chico, pero decíamos de ir a otra discoteca cuando cerrara el Pines y aquel chico se apuntaba, que sí, que sí, y claro yo me sentía culpable porque llevaba toda la noche bailando con él, así que nos lo llevamos.

El Grillo vuelve a estar en la azotea, borracho, en sintonía con la hora que es. Le está explicando a unos amigos de Leandro que las fiestas no se acaban, ¿eh?: se disuelven, y lo mismo el principio de las fiestas. Las fiestas..., sí, las fiestas. No que el principio de las fiestas no se acaba-se disuelve sino que (aquí el Grillo resopla), el comienzo de las fiestas es inc..., ¡granuloso! Vago, como el final. La fiesta es una pizza calzone (aquí el Grillo fuerza su acento argentino, las chicas; el Grillo mira fugazmente un alambre de tender la ropa que cimbrea a dos azoteas de distancia), se eleva por medio pero por los extremos se confunde con la bandeja (la frase "campana de Gauss" lanza un destello involuntario en la cabeza de algunos amigos de Leandro, ocurre casi simultáneamente; todo esto, claro está, si es posible hablar de una frase destellando en la cabeza de nadie por algo que no sea el *fiat* al que se fuerza todo al ser narrado) y el pizzero tiene que decidir por dónde corta, si por aquí o por allí, porque la fiesta no (aquí el Grillo vuelve a resoplar).

Leandro piensa que el pizzero no corta por ningún lado, que ya ha puesto la masa justa para hacer el calzone y luego se la sirve al cliente que hará lo que quiera con ella, comérsela o dejarla en el plato. Leandro ha trabajado de pizzero, *no me vengas con hostias*. Se levanta del corrillo y se acerca al borde de la azotea, un murete de ladrillo pintado y desconchado y vuelto a pintar. Qué suerte este piso, piensa, la vista de tejados que yo quería, la que queremos todos. Hubiera estado bien vivir en un sitio así cuando aún no trabajaba, para poder subir a la azotea a las cinco de la mañana después de lo que sea, no que ahora, si no es sábado. Pero a qué quejarse, aunque sea sábado está bien. Ahora empezará a hacer calor, pronto, en unas semanas. Le sacaremos partido. Esta fiesta es partido. Muy bien.

Total, seguía Virginie, nos fuimos Claire, ese chico y yo a una discoteca

que había, o que hay, cerca del Pínces, se va caminando, los tres un poco borrachos, ¿no?, y cuando llegamos allí dejamos los abrigos en el guardarropa y eso, el chico saluda a un amigo suyo y luego entramos y el chico empieza bastante a saco a intentar enrollarse conmigo, a besarme y a meterme mano (Virginie sonrío, y Eva asiente como quien se escandaliza en broma, Claire no ha vuelto después de acercarse a la mesa de las bebidas). Yo le voy dando largas, apartándome y así hasta que digo bueno, me voy. Le digo cualquier cosa al chico, que estoy cansada, y me llevo a Claire aparte y le explico que estoy harta, que estoy pasando un mal rato y que me voy. Ella me dice que lo entiende y que se queda un rato con el chico. Yo se lo agradecí, claro, porque dejar sólo al chico me parecía feo. Entonces salgo fuera y me pongo a caminar buscando taxi, y en una esquina me encuentro con el amigo que saludó al chico en la puerta de la discoteca, que era Emilio (Virginie sonrío), y nos ponemos a hablar y descubro que me parece mucho más interesante y más guapo y, ¡mira! (ríen). Pues me dice que es compañero de piso de aquel pesado y claro, yo no voy a pedirle el número de teléfono a éste, que es compañero de piso del otro y él nos ha visto claramente que estábamos juntos en la discoteca. Yo estaba desesperada, pensando que se me escapaba éste que era el que me gustaba por culpa del otro que me había parecido un pesado. Total que caminando caminando, porque nos habíamos puesto a caminar juntos, llegamos hasta la puerta de mi casa y él me da un beso en la mejilla y dice que ya nos veremos si yo volvía a quedar con su compañero de piso. Imagínate qué bajón, yo no sabía cómo decirle que a mí el que me había gustado era él, pero claro si se lo decía quedaba fatal,



CUAL ES LA
LA PALABRA

así que me metí en el portal y él se fue también. Yo al día siguiente, vamos, al cabo de dos horas porque ya era supertarde, yo cogía un avión así que hice mi maleta, me duché y ya volvía a estar en la calle a coger un taxi para el aeropuerto, con un... bajón. De sueño y de lo que me acababa de pasar.

Por allí cerca, como se ha dicho, está Matías. Pero no está allí desde que por última vez se habló de él: antes subió a la azotea, se sentó un momento en el corro del Grillo, se paseó solo por allí melancólicamente, pensó que *podría estar siempre allí*, en la azotea, disfrutando de la vista de las otras azoteas, *ponerse una hamaca entre dos palos, pero no, sin hamaca, así nomás, disfrutando de la vista para siempre*. En cuanto se aburrió volvió a bajar las escaleras. Había una chica sentada en un escalón del último tramo antes de llegar al tercero segunda. Matías vaciló unos instantes, no sabiendo si pasar de largo o sentarse con ella, decirle algo. La indecisión duró hasta que vio que estaba vomitando, aun si apenas un hilillo espeso de saliva y unos eructos. La chica levantó la vista cuarenta y cinco grados hasta enfocar un cierto peldaño, cerca ya del umbral del tercero segundo que en ese momento franqueaba Matías.

Eva sonríe y asiente cada vez que Virginie parece requerirlo. No está pensando del todo “y a mí qué coño me importa”, pero está la posición de la barbilla, y la sonrisa, compuesta hace demasiado rato y no reactualizada desde entonces. Eva no está pensando del todo que “vale”, ha sido ella la que le ha preguntado a Virginie por cuándo conoció a Emilio, pero por buena educación, que en una fiesta se espera de una que saque temas *así de rápido*. Te ponen a alguien delante y tienes que ser capaz de hablar de algo. Es francesa, así que “¿llevas mucho tiempo aquí?”, “no, estoy visitando a mi novio”, y tú nada, la conversación va por ahí por fuerza, “ah, qué bien, ¿lo conociste allí?”, ya está, ya podría haberse limitado ella a la respuesta que le tocaba “sí, sí, hizo allí el Erasmus y mira”, no que de pronto la que me ha caído encima. Y no me está ahorrando nada. Bueno, sí: se ha saltado cómo su amiga Claire se tiraba al ex-compañero de piso de su Emilio; claro que eso fue así porque a ella no le apeteció, que si no de qué, chispas hubieran saltado en el Pines y en la discoteca. Menudo pueblucho tiene que ser Lyon: “el bar petardo”, “la discoteca”, se ve que hay uno de cada. La tal Claire ha tenido el sentido común de irse a beber y dejarnos aquí a su amiga y a mí mano a mano. Muy bien hecho. ¿Dónde estará César? ¿Y cómo nos conocimos César y yo? Cuando acabe ésta con su historia, ya no pido en un climax narrativo, que esto va a acabar a tropezones y con un sorbo de cubata. Cuando acabe como sea, me va a tocar a mí explicar lo mío: “Ay, cómo me enrolló, oye, ¿y tú, cómo conociste a tu novio?”. Me lo invento sobre la marcha, está claro. Si total nos conocimos en, cómo fue.

El otro meollo, el de la azotea, se ha consolidado en torno al Grillo en una especie de círculo de contemplación, un desesperado deseo colectivo de pureza aquí y ahora, de asimilación del mensaje inefable del paisaje de azoteas y alambres de tender la ropa, machacando con la metáfora de la pizza calzone que ha dado mucho más de sí de lo que debería. Todo el mundo en la azotea está borracho y sentado en el suelo, todos arrastrando las erres y pendientes del Grillo que no puede por menos que ensayar

epigrama tras máxima tras retruécano mientras quieran escucharlo, lo que duren las botellas de whisky y de mezcla que se han subido. Leandro no está con ellos, se va acercando a rellenarse el vaso de tanto en tanto pero se ha quedado por donde el murete.

Matías está, necesariamente, a punto de volver a tirarse encima de la amiga en segundo grado del Coco (la amiga en cuestión es Claire, el Coco de Matías es Emilio para Virginie). La ha recogido cuando se acercaba a la mesa de las bebidas, le ha hecho un comentario reconocible como chistoso y Claire no ha tenido más remedio que sonreír y quedarse un momento. Matías sólo le había tocado el brazo antes y eso es equívoco (equívoco por convención, en realidad ambos saben muy bien lo que hay) así que no puede mandarle al cuerno directamente. Indirectamente sí, eso vendrá luego de manera inevitable. Matías mantiene aún en pie una última simulación de cortejo. Tras haber evaluado a todas las chicas de la fiesta ha hecho lo normal cuando no vas a comerte un rosco: quedarse con la primera, la que más le gustaba, que además está sola y es francesa y quizá hasta valore positivamente su especie de fidelidad de ida y vuelta, el regreso tras haberse alejado de ella en las etapas intermedias de la fiesta (de nuevo la pizza calzone, si el Grillo tuviera que describirlo; pero el Grillo sigue en la azotea, arrobado o algo). Los vecinos aun no han llamado a la guardia urbana. Quizá no llamen ya, son las tres y veinte de la mañana.

El Coco se está fumando un porro con sus dos amigos en la cocina. Está hablándoles de Virginie. La cocina, los amigos del Coco, la historia de Virginie. Que venga si quiere. A mí mientras no me agobie. Cada tres meses viene, nos pasamos un fin de semana follando y el lunes se va. Sí, si buena está un rato buena. Oye, ¿a ti no te gusta su amiga, la que te he presentado? Pues éntrale, desgraciado. Uno de los dos amigos le pasa el porro al Coco.

Claire también habla y habla. Matías presta atención. Cómo es esto: Matías querría sentirse interesado porque se ha enterado a causa de sí mismo y su fidelidad última a Claire. Piensa que ésta es la que le gusta de verdad, quiere enterarse de todo, *disfruta al menos de este momento, ahora que la tienes tan cerca, mirala, qué preciosidad, qué boquita*. Querría sentirse *starry-eyed*, se siente *starry-eyed*. Se inclina sobre ella, se le va el santo al cielo, deja de atender a lo que está diciendo, se fuerza a recuperar la atención, alcanza a ver a Eva y a Virginie de nuevo, y, entonces, suena una canción que a Matías le parece que da pie y se acerca a besar a Claire. Claire aparta la cara. Ahora sí, ya está.

FIN DE LA ENTREGA SEXTA

Tirsi y Clori.

No enseña el sol la rubicunda cabellera pero ya está Tirso persiguiendo a Clori. Ya vuela más que corre por el monte, y aún duermen los rebaños en el aprisco, y un velo de sopor y de niebla cubre los parajes y los ánimos. No veréis a Tirso en todo el día descansar la vista en el ameno fluir del arroyuelo; según se lo encuentre va a saltarlo a la carrera. No recostará la espalda sobre un haya sino que trepará a la copa por si alcanza a verla desde allí. No se tenderá en lo escondido de la floresta, ni hará sonar un caramillo, ni recoserá sus abarcas. Igual que ahora se adelanta a la aurora en despertar collados y valles por ver si guardan a Clori, igual estará toda la mañana, la tarde y la noche persiguiéndola hasta que la encuentre.

Cómo sacude impaciente los arbustos, pero no está detrás Clori, ni las gotas de rocío que saltan y le salpican son sus labios. Sube de pronto a las ramas de un enebro: se ha hecho cuenta de que era su aliento lo que respiraba. No la encuentra ahí tampoco, aunque él mueva y remueva y se niegue a aceptar que la brisa que sacude las bayas pueda venir de otro sitio que no sea el pecho de Clori. De pronto las aguas de un estanque, que alcanza a ver espejeando con la luna en mil rayos preciosos, se le antojan vislumbres de su garganta de cristal. Salta del enebro y allá se llega para descubrir que la garganta es estanque, y que no está allí tampoco. No desespera porque ya cree oírla cantar a lo lejos y olvidando el estanque vuela a su encuentro, contentiendo la respiración, a saltos entre nudosas raíces y enredaderas, sin atender a las largas heridas que las zarzas le dibujan en los muslos. Cada vez la oye más fuerte y ya se siente vencedor y a punto de tocarla. Sólo tiene que ganar la cima de una loma que se la oculta de la vista, salva la cuesta a zancadas y una vez arriba mira y remira hasta descubrir una fuente manando de la roca con el mismo acento cristalino y suavísimo que él recuerda en la voz de la dueña de sus pensamientos. También los ojos de Tirso vierten entonces gruesas lágrimas de decepción y añoranza. Tanto anhelo tiene de tocarla, que el monte entero se le hace Clori.

Otra noche que pasa Tirso en vela y al raso, y que acaba ahora llorando al pie de la fuente. Van ya cinco noches al menos que no duerme a cubierto si es que duerme; las cinco que han pasado desde que la blanquísima mano de Clori le rozó el hombro por última vez. Las cinco las lleva en el alma como cinco saetas primero de inquietud, luego desazón, luego amargura, desespero, delirio y quién sabe qué guardará la aljaba de las noches venideras para ensañarse con Tirso si Clori no aparece.

Cinco noches al menos que no duerme pero, ¿y antes? La última vez que vio a Clori, Tirso llevaba una semana corriendo sin descansar, arrancando unas moras al paso cuando sentía hambre, bebiendo cuando vadeaba un río y sentía sed, corriendo más deprisa cuando apretaba el sueño; todo ese tiempo a vueltas por un espesísimo bosque, a oscuras tanto de día como

de noche, pisando culebras y apartando telarañas con manotazos displicentes, sin saber ni qué hora era ni dónde estaba ni apenas que se llamaba Tirso.

Toda una semana al menos, y los árboles que invadían más y más el sendero según se adentraba en la espesura. Tirso corriendo y corriendo y luego dejando poco a poco de correr porque sólo se podía andar, apartando los arbustos con las dos manos, y cada vez andar más despacio, entre árboles que confundían copas y raíces y dejaban menos y menos hueco para pasar entre los troncos. Así iba Tirso, entrándose por los árboles como quien pasa entre las dos jambas de una puerta, así durante un buen rato, puertas y más puertas, y nudosos dinteles cada vez más bajos. Después, a encaramarse a media altura para pasar, como quien se cuelga por un postigo abierto. Cuando había estado quién sabe cuánto tiempo arrastrándose entre postigos abiertos, los huecos se hacían estrechos como ventanucos, como tragaluces por los que apenas podía reptar y que parecieron atraparlo finalmente, mientras él luchaba por zafarse y seguir avanzando. Ya no podían tupirse más las ramas, y parecía que las hojas que le tapaban la nariz y la boca iban a ahogarlo finalmente, pero dio un paso más y entraba de pronto en un claro salvaguardado por gigantescos olmos. Deslumbrándole la luna, trastabillando al huirle entre los pies cien animalillos ambarinos, cayó al suelo. Tirso se desvanecía a tiritonas encogido por el relente, con la cabeza apoyada pesadamente sobre la hierba, la frente anegada de sueño y de Clori.

En ese momento, cuando Tirso perdía la conciencia en lo más hondo del bosque, Clori le estaba buscando incansablemente. Cien veces había visitado aquel mismo claro sin dar con Tirso pero, por azar o providencia, justo entonces volvía a pasar por allí y apartó otra vez sin ruido una cortina de hiedra que lo ocultaba de la vista. No podía concebir que encontraría otra cosa que la jugosa hierba iluminada por la luna; por eso, al ver a Tirso, creyó que más bien fueran piedras, musgo y flores juntos de manera tal que en su inquieto espíritu se ajustaban al perfil adorado que guardaba en la memoria. Segura de que si cambiaba de punto de vista el Tirso vegetal y falso se disgregaría en sus componentes y la nada, Clori se fue haciendo de puntillas hacia un lado, amparada por los olmos. Pero de nuevo volvía a mostrársele Tirso, y otra vez Tirso, y otra más e infinitas veces al ir girando a su alrededor. Se convenció entonces de que estaba frente a la persona y no el simulacro, y podía apenas contener el contento que le brotaba del pecho. Tuvo que aferrarse a un tronco para refrenar el impulso de hacerse visible y colmarle de caricias y besos. Allí, abrazada al olmo con tal fuerza que las uñas hacían saltar virutas de porexpan de la corteza, pensó entre sí: “Tirso adorado, no te muevas ahora. Aún no puedo correr a buscarte, sino mirarte de lejos. Si no te mueves, y de lejos, estoy entre recordarte y tenerte, y así resisto al menos sin que me deje muerta de contraste y deleite la diferencia entre lo que pensaba yo antes y la verdad, que veo a las claras, de que todavía existes. Espera que me rehaga y voy a por ti. Ay, cuánto durarán nuestras bodas.”

Ahora que leéis lo que pensaba, quizá juzguéis duramente a Clori por haber desesperado de encontrar a Tirso; quizá os parezca acomodadiza, desenamorada o perezosa. No la juzguéis duramente: las tristezas que tenéis vosotros a causa de vuestros amores y sobre las que aprendéis a

llamar desagradecido a uno y casquivana a otra no son comparables a los durísimos trabajos con que ella se enfrenta. La cantidad de tiempo que vosotros esperáis hasta encontraros con vuestros enamorados, la cantidad de tiempo durante la que les guardáis ausencia, es un mínimo bostezo de las esferas, puede medirse y sopesarse para comparar la fortaleza de vuestro amor con el de los amigos que os olvidan o con el de los que olvidamos; pero el tiempo que Clori pasa buscando a Tirsi es un aullido inacabable, un mar contra nuestras clepsidras. Sobrepassa con mucho lo que podemos pensar sin que el vértigo nos nuble el entendimiento. Así pudo Clori llegar a desesperar de encontrarle, y al olvido de que lo buscaba, aun siendo la mudanza de su afecto lentísima, gradual hasta lo insensible. Tendríais que haberla visto al principio, cuando acababa de perderlo, enloquecida, recorriendo los montes clamando el nombre de Tirso, olvidada de toda otra cosa, deseando tan ardentemente el encuentro que le parecía morir allí mismo si Tirso no asomaba tras la siguiente revuelta del camino. Pero al caminar hasta más allá de la revuelta del camino no moría, sino que quedaba viva y a merced de sí misma, gritando a voz en cuello, golpeándose desorientada contra los chopos. Tras reflexionar largamente con el corazón en un puño, se convencía entonces de que sería su muerte, al menos, antes de cruzar el valle si Tirso no se mostraba. Pero no moría tampoco, ni en el sendero que seguía, ni en la ribera del arroyo, ni en el escarpado risco, ni al entrarse en una cueva o lanzarse, los brazos abiertos, a la sima.

Durante meses y años, desfallecida, extrañada y dispuesta a aniquilarse a cada paso del camino vivía hasta que vino a reconocer que la ausencia de Tirso no provocaba su muerte. Pensó entonces Clori que moriría de la amargura de ver que su amor por Tirso no era capaz de matarla. Así arrancó caminar en dirección contraria de la tumba. Ahora se veía expirando tan sólo por una causa más sutil, emparentada con la ausencia de Tirso sólo a través de un grado intermedio. Aunque insistió mucho y se preparó para ello, arrebatada en medio de la montaña, esperando el rayo que le hiciera entregar el espíritu por ingrata, tampoco entonces murió por no morir por no ver a Tirso y ella reconocía y lamentaba esa verdad mientras avanzaba por el bosque llorando tiernamente lágrimas que empapaban las tres capas de tristeza por la ausencia de Tirso y tristeza por no morir de la ausencia de Tirso y tristeza por no morir por no morir de la ausencia de Tirso. Siguió así dándose cuenta de que no moría por no morir por no morir y subiendo los peldaños de esa escalera filosófica. Cuanto más alta estaba, más lejos de la ausencia de Tirso se secaban sus lágrimas, y ella seguía enganchándose la falda entre las piedras, sollozando por causa crecientemente abstracta, desliendo la posibilidad de morir entre infinitas ocasiones fantasmales. Al amparo del tiempo que le ocupaba el llegar a Tirso a través de los sucesivos duelos anidados de morir y de por no morir y de Tirso, le olvidaba.

Y, mientras, iba rebuscando por la selva oscura y la vega, levantando las piedras y zambulléndose en los torrentes en su busca. Porque, la desdichada, incluso habiendo perdido la esperanza de renovar su encuentro con Tirso y casi toda la noción de lo que quería decir esto, está hecha a él y a seguirlo hasta que lo encuentra sin que pueda ni plantear ni llevar a término ningún otra tarea que no sea ésa. Ni olvido ni sospecha pueden hacer que Clori detenga sus pasos y deje simplemente transcurrir los días en tranquilo pasatiempo, descuidada de Tirso. Buscará Clori



durante toda la eternidad antes que rendirse, aunque no recuerde qué rendición resiste ni a qué objetivo encamina sus pasos.

No ha sido necesaria toda la eternidad. Como se ha dicho, al cabo de un tiempo finito aunque su dimensión nos admire, Clori encontró finalmente a Tirso aquella noche en aquel claro y lo estaba mirando apostada tras un olmo.

Pensáis ahora: “¿Por qué no gritó Clori ya el nombre de Tirso y corrió a sus brazos a alegrarse del tan largamente postergado encuentro, si él la busca tan ansiosamente como ella a él?”. No os apresuréis, que no sabéis que eso sea así. No en vano lo que se cuenta ahora ocurrió justo en el umbral de los cinco días con sus noches que hemos dicho que hace que Tirso la busca, y antes de eso no tenéis cabal conocimiento de lo que Tirso sintiera de saberse observado por Clori. Antes bien, si vieseis cuánto cuidado ponía ella en no ser vista ni oída de él, sospechaseis que no sea este un encuentro apetecido igualmente por los dos.

Pues, en efecto, Clori se acercó sigilosamente. Ni respiraba siquiera, y

recogía su larga cabellera en un moño para no espantar a Tirso al rozarla con los árboles. Se iba entrando hasta donde estaba él con estas precauciones y, antes de que se diese cuenta de nada, le tocó el hombro y volvió a toda prisa sobre sus pasos para desaparecer tras un arbusto y luego adentro del silvoso valle. Tirso, que, aunque dormido hubiera reconocido el roce de Clori entre mil otros simultáneos de hojas, animales o doncellas, se giró con la palma de la mano abierta y el brazo de alargados músculos lanzado hacia donde había estado ella, para asir el aire solamente. Luego se hundió tras Clori en el arbusto y el bosque, pero ya se había escondido con tanto ingenio que no la encuentra ni mirando dentro de cada tronco, bajo cada raíz y en el envés de cada hoja hasta donde alcanza la vista. Cinco noches hace de eso, y que Tirso la busca.

Tirso sabe que la encontrará. Es menos agudo que Clori y no se ha enfrascado en disquisiciones infinitas sobre su ausencia, así que ni desespera ni olvida. Cuando aparezca, si consigue entonces pasar desconocido de ella hasta que sea demasiado tarde para que pueda escapar, le caerá encima y podrá tocarla brevemente antes de echar de nuevo a correr bosque abajo o bosque arriba o como fuere, depende de donde estén.

Eso es lo que ocurre siempre: así encuentra uno de los dos al otro, a continuación debe huir y es el otro el que se aplica a buscarlo, hasta que se encuentran y cambian las tornas, una y otra vez, en ininterrumpido vaivén.

De esa manera, todo lo que saben Tirso de Clori y ella de él es el breve momento en que se rozan tras todo ese tiempo en que no cesa de buscar el uno a la otra o la una al otro y de escapar el que haya quedado sin trabajo en eso. No es mucho saber: da para poco ese relámpago de presencia, cabellos al viento de la huida, sudor saltando de los miembros, pellicos flotando y una nube de polvo que se levanta del suelo. El aliento de enebro de Clori debe de ser fruto de la fantasía de Tirso a partir del jadeo apresurado que él pudiera notar entre huir y ser huido en alguna ocasión. Nunca ha oído Tirso la voz de Clori que está afónica de llorarle, ni Clori la de Tirso que apenas tiene tiempo de balbucear algo cuando se encuentran. Digo que no es mucho saber, pero no es poco: el tiempo de estar separados ha podido ser de cinco días con sus noches, como sería esta vez si ahora mismo encontrara Tirso a Clori, o de varios años amarguísimos de búsqueda desesperanzada, o aun más largo, pero se ha repetido tantas veces que por corto que haya sido el momento en que se tocan cada vez aun así sumará años y años de estar juntos el uno al otro. Sólo con eso, si tuvieran mejor memoria, podrían saber la contextura y la trabazón de las carnes del otro mejor que ningún amante ha conocido la de su amado en toda la historia del mundo.

Y si el paraje en que estén no ofrece muchos escondrijos, se hallan más rápido y pueden tocarse un instante por cada escasas horas.

O si Clori ha tocado a Tirso en un pasillo estrecho entre altas paredes de roca con salida sólo por un lado, pueden tocarse infinidad de veces sin descanso. En efecto, como Tirso es mucho más rápido que Clori, al salir ésta huyendo hacia el campo abierto es atrapada en seguida. Y al escapar a continuación Tirso en dirección contraria porque Clori ocupa la salida,

topa con la pared al final del pasillo y debe volver sobre sus pasos hasta dar con Clori que corre hacia él. Clori le atrapa y, sale en la única dirección posible en un sitio en que toda su discreción es inútil para esconderse porque no hay recovecos ni esquinas que puedan servir para eso, Tirso la atrapa a su vez y huye hacia adentro.

De esta forma se van acercando poco a poco a la pared que ciega el otro extremo del pasillo, Clori tocando a Tirso, saliendo hacia campo abierto, Tirso alcanzándola, volviendo hacia la pared, rebotando hacia Clori y así sucesivamente hasta que, al quedar totalmente pegados al muro, apuntan solamente los movimientos de huida y encuentro sin poder cambiar realmente de sitio, todo lo juntos que les da la solidez de sus cuerpos. Ahí los tenéis, tocandose infinitad de veces sin descanso.

Los infelices ni siquiera entonces se asientan en estar el uno con el otro. Más bien pasan por las mismas etapas de búsqueda desesperada, encuentro gozoso y huida despavorida, en el mismo orden pero incomparablemente más rápido que cuando Clori, por inteligencia, o Tirso, por velocidad, consiguen poner distancia medible entre ellos. Ni siquiera en esos pasillos de altas paredes de roca, con tanto tiempo como pasan allí, aciertan a saber más el uno del otro que aquello de lo que les informa el efímero contacto entre huida y huida. No nos confunda el hecho de que no dejan de tocarse en ningún momento. Incluso así, ellos saben quién de los dos está huyendo y quién persiguiendo y llevan a la perfección la cuenta de los momentos y de a quién le toca hacer qué y pensar qué. No pueden pasar de un momento al siguiente, ni explorar el cuerpo del antagonista, parte a parte, pasando de un miembro al otro como pasan de un encuentro al siguiente, porque nada organiza los contactos en un todo diacrónico. Su comprensión se detiene en la triada busqueda/encuentro/huida.

(Si se da el goce carnal derivado del roce constante y rítmico, no van a prestar atención absortos como están. En el caso de que uno de los dos lleve a culminación el estado suspenso, no va a darse ni cuenta. Los calzones se mojan y cada uno sigue con lo suyo.)

Así podrían estar eternamente, contrayendo y distrayendo los músculos de no ser porque, al roce de Tirso con Clori y luego con la pared, van raspando la roca con lentitud, primero dejando un surco microscópico, luego una región levisísimamente cóncava y, con el paso de los años y los siglos, socavando realmente en el porexpan un túnel que les hace avanzar en la dirección contraria a la salida a campo abierto que intenta Clori innumerables veces. Finalmente, de una forma o de otra, quedan libres y Tirso puede correr a ocultarse hasta que Clori le encuentra.

Y luego puede que caigan a un pozo, uno de ellos por mala suerte o por esconderse y el otro saltando detrás. De ahí no van a salir hasta que no les saque la desaparición del pozo al irlo haciendo ellos porexpan en polvo en busca el uno del otro, hollando el suelo en arabescos de Lissajous, golpeando la cilíndrica pared al ritmo de un péndulo compuesto. Saldrán cuando, en el transcurso de los siglos, el pozo se aplane hasta dar en el pasillo con una sola salida que abrirán mañana, mientras surge un collado al amontonarse la ganga que han ido cavando y que afinarán luego al perseguirse. Así cambia el monte de aspecto, se levantan los valles, se hunden los oteros, los ríos se desvían, se secan sobre la porosa arena de las playas que sedimentan Tirso y Clori al darse contra las piedras y los

árboles. Así los caminos se cierran y se abren como heridas y cicatrices, como párpados, una hogaza de pan que florece a cámara ultrarrápida, una simulación matemática.

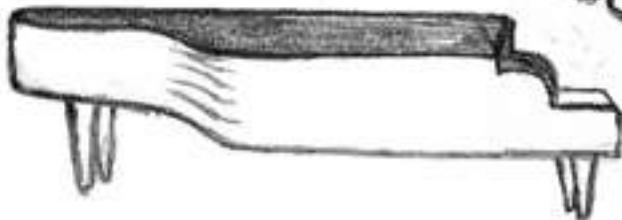
Os decía que Tirso la está buscando. Ha dejado de llorar al pie de la fuente y ahora mismo se adentra en la espesura, mirando hacia todas partes. Él no, él seguro que no, pero Clori, ¿caerá alguna vez en la cuenta de lo que pasa y cogerá de algún sitio una estaca de madera buena y sólida, nada de este porexpan pintarrajeado, para molerle las costillas a Tirso y dejarlo más muerto que vivo en el sitio, para que se pare de una vez y poder explicárselo todo: una Arcadia de pacotilla, dos pastores jugando a tú la llevas, y decirle que siente haberle roto el alma pero es que si no no había manera, y tenderse a su lado en la hierba a dormir la borrachera, para luego despertarse y volver a adobarle la piel a Tirso a bastonazos si es que rechista y así irlo haciendo entrar en razón, Tirso me cago en la puta, hasta que en fin, dos bolitas de nacarado, indestructible polímero en la ignota fábrica del mundo sublunar?

Esmeraldo, núm. 5:

Redacción: manolo@austrohungaro.com.

Ilustraciones: ballesteros@austrohungaro.com.

Maquetación: genis@austrohungaro.com.



Un producto de Austrohúngaro.

<http://www.austrohungaro.com/esmeraldo>